

humanidad (decía uno de ellos firmado por Juárez), entre los que tiranizan y los que libertan, entre los que especulan y los que prodigan cuanto poseen, la victoria es digna de su teatro, porque Fópoli es una tierra consagrada por el valor y por la libertad!"

Así, debajo de aquella historia grandiosa, se desarrolló y llegó á su epílogo la de aquel joven heroico y entusiasta que parecía llamado á altos destinos; y sin que nadie lo supiese, perdió á su padre, que nunca conoció, aquella niña rubia y hermosa, que tomaron bajo su protección las hijas de San Vicente de Paul.

A la sombra de los dramas públicos, suelen desenvolverse los pequeños y oscuros de la vida humana, callados é invisibles, pero no menos hondos ni patéticos que aquellos.

VII

Un Náufrago.

En medio de aquellas escenas flamigeras de lucha y exterminio, y entre el rugido de las pasiones y el combate gigantesco por la supremacía del poder, habían ido creciendo y entrando en la vida Ber-

ta y Joaquín. Tan pronto como terminó su lactancia, pasaron al departamento de párvulos, donde fueron recibidos con ósculos por la hermana Petra, otra religiosa no menos tierna y cariñosa con los niños, que sor Marcelina. Ya por entonces Berta y Joaquín calzaban zapatitos y llevaban sueltas batas y largos baberos que les llegaban hasta el tobillo; y podían marchar por sí solos, aunque trastabillando, por los "ambulatorios" de su departamento.

Por los días en que este capítulo se abre, sufría un asedio la ciudad; pero la Casa de Caridad había quedado fuera del recinto fortificado. Las fuerzas sitiadoras circunvalaban la población y la embestían por todas partes; la fusilería rugía rabiosa por el día y casi no cesaba por la noche. El cañoneo era intermitente; pero á ratos retumbaba ensordecedor, haciendo trepidar el suelo de la ciudad. Los beligerantes habían tratado de tomar posiciones en las alturas del Hospicio; pero con ruegos y súplicas, había logrado sor Ignacia hacerlos prescindir de su intento, para que aquella Casa de Caridad fuese como isla de paz en medio de los horrores de la lucha.

La mañana á que nos referimos, amaneció más encarnizado el combate que los días anteriores, pues, á lo que se decía, el ejército sitiador había emprendido ataques parciales sobre la plaza, y, aunque había sido rechazado en casi todos, había logra-

do avanzar importantes posiciones, horadando paredes para no ser advertido. Las fuerzas sitiadas, por su parte, defendían el terreno palma á palmo, y hacían desesperada resistencia dentro de los mismas casas, donde se trababan combates cuerpo á cuerpo.

A pesar de las angustias de la situación, la vida pacífica del Hospicio continuaba, cuanto era posible, su curso normal. Levantábanse los asilados á la hora reglamentaria; las faenas interiores no se interrumpían, y la enseñanza de las escuelas y el trabajo de los talleres no cesaban en los departamentos. En el de párvulos, sor Petra, aquella mañana, después de levantar, lavar á los niños y conducirlos al refectorio, los había hecho salir á los corredores, como de costumbre, para enseñarlos á marchar, cantar y rezar; serían como veinticinco los chicuelos que la buena hermana tenía bajo su dirección. Hizolos desfilar en columna cerrada, encabezándolos á guisa de jefe y dirigiéndolos con la voz, y á golpes de castañuela, y así vacilando y con paso poco airoso, llegaron los rapaces al extremo del corredor, que era su aula y colegio; y en bancos lustrosos y pequeñitos, colocados en cuadro, se sentaron quietos y calladitos, los unos al lado de otros, vueltos los rostros inocentes hacia la maestra en espera de sus órdenes. Una vez ahí, les repasó sor Petra con gran paciencia, las leccio-

nes de siempre, comenzando por la doctrina cristiana.

—Padre nuestro.... decía.

—Padre nuestro, contestaba la grey infantil.

—Qué estás en los cielos.....

—Que estás en los cielos, seguía diciendo el inocente coro.

Y así continuó trozo á trozo, y con sonnete particular, no exento de bien estudiado ritmo, enseñándoles la Oración Dominical, el Ave María y la Salve; echándose de ver que, á fuerza de repetir maquinalmente aquellas mismas palabras, habían acabado algunos parvulillos por sabérselas de memoria, pues no pocos de ellos solían anticiparse á las indicaciones de la maestra.

Concluido el rezo, siguieron los ejercicios físicos. Formados en columna cerrada, y guiados por el golpe de las castañuelas y las voces de mando, iban y venían los niños por el patio y los corredores, haciendo evoluciones militares, levantando y dejando caer las manecitas, y haciendo cien otros movimientos que tendían á favorecer el desarrollo de sus miembros, en medio de la alegría y el divertimento de un aparente juego. Y á fin de que los pulmones tomasen parte también en el ejercicio, no menos que para amenizar el trabajo, cantaban en coro (dirigidos por el acento suave y acordado de la hermana), himnos cuya letra, aunque defectuosa y

vulgar, estaba al alcance de su naciente y corta inteligencia; é iban así diciendo, mientras marcaban el ritmo con los pies:

Marchando vamos, amigos,
Con el paso siempre igual;
Del desorden enemigos,
Todo harémos á compás.

Y arrastrados por el ejemplo, y bajo la influencia fisiológica de la medida y la percusión, caminaban con regularidad suficiente para la cortedad de sus piernas y la torpeza de sus pies.

Y continuaba el coro:

“Cuando las palomitas
Bajan al agua,
Todas juntan sus piquitos,
Y extienden la ala.”

Su infantil imaginación les representaba, sin duda, en aquellos momentos, una bandada de blancas é inocentes aves, abatiendo el vuelo sobre la corriente y disputándose juguetonas con el pico el líquido claro y fresco, mientras movían las inquietas alas y agitaban el aire con estruendo alborozado; pues, á medida que iban cantando aquellos versos, hacían acompasados movimientos representativos de las escenas que la estrofa describía.

“Cuando las palomitas”....

Aquí los niños, elevando el rostro y las miradas al espacio, levantaban las manecitas y las movían como figurando el vuelo de las aves.

“Bajan al agua”....

La turba infantil iba bajando gradual y paulatinamente la cabeza y las manos, siempre con igual movimiento, para representar el descenso de la bandada.

“Juntan todas sus piquitos”...

Inconscientemente apretaban y adelantaban los labios como para darles forma de pico, y volteaban los unos hacia los otros, en actitud de besarse.

“Y extienden la ala”....

Al llegar á este pasaje, hacían ademán cómico de sentarse, y apartaban los bracitos hacia los lados, como si fuesen alas que hubiesen ido desplegando.

Pasado un rato, volvieron á los bancos para oír de boca de sor Petra sencillos relatos sobre pasajes de la Historia Sagrada, ó cuentecitos breves y fáciles de entender, que envolvían alguna moraleja. De tiempo en tiempo, la buena hermana interrumpía la lección para hacerles interrogatorios. La mayor parte de aquellas inteligencias, aletargadas todavía por la ex-

trema infancia, daban apenas muestra de comprender lo que se les preguntaba; y era cosa divertida oír los dislates que salían de tan frescas y risueñas boquitas. Tales y tan estupendos solían ser, que la misma sor Petra, aunque hecha á tamaños despropósitos, no podía menos de sonreír al oírlos, y aun prorrumpía, de vez en cuando, en frescas y sonoras carcajadas. Si el chiste rayaba en lo sublime, la alegre maestra se acercaba al niño disparatero y le daba palmaditas en las mejillas, ó bien se las besaba con estrépito, como para premiarle por el absurdo que acababa de decir.

—No, así no, les observaba, sino de esta otra manera....

Aquello era más que una clase, un pasatiempo angelical. Absorta en él se hallaba sor Petra, cuando llegó sor Ignacia acompañada por una hermosa y elegante joven que había pedido permiso para visitar el Hospicio.

—Aquí tiene usted á los parvulillos, dijo la superiora á su compañera, señalando el grupo infantil.

La joven pasó los ojos con delicia por el risueño cuadro que tenía delante.

—¡A ver, niños, dijo sor Petra, saluden!

Con un golpe de castañuelas los obligó á ponerse en pie, y fué pronunciando despacio, coreada por ellos, la salutación habitual:

—Buenos.... días.... señora....

—Buenos días, niños, repuso la joven sonriendo. ¿Están ustedes buenos y contentos?

Con el mismo procedimiento contestaron:

—Sí.... señora.... por favor.... de Dios.

—Pregúnteles usted lo que guste, dijo sor Petra.

—¿Sobre qué? interrogó la joven.

—Sobre cosas sencillas y que puedan comprender.

La joven vaciló un momento, y luego preguntó:

—¿Cómo se llama la maestra de ustedes?

Sin necesidad de apuntador, respondieron al mismo tiempo con inocente sonsonete:

—¡Sor Petra!

—¿No es verdad que es muy buena?

—Sí, señora.

—¿La quieren ustedes mucho?

—Sí.... mucho.... mucho....

—Gracias, hijos míos, contestó sonriendo la religiosa; yo también quiero á ustedes, porque son buenos.

Terminado el fácil examen, invadió la joven sin cortedad el cuadro formado por los bancos, y fué de cerca pasando en revista á los niños, uno por uno. Llevaba el bolsillo repleto de dulces y pequeñas monedas: se tonocía que iba prevenida para el caso; y fué poniendo en la manecita de

cada párvulo, aquellos obsequios, con gran regocijo de ellos y de la maestra.

Y de la manera más natural, después de la dádiva, preguntaba á cada chiquillo:

—¿Cómo te llamas, niño?

Ellos le decían sus nombres, unos por sí solos y otros ayudados por sor Petra, intérprete obligada de los que no hablaban con bastante claridad; y así continuó la joven recorriendo toda la fila hasta llegar á Berta, quien, al oírse preguntar como se llamaba, repuso con graciosa media lengua é indescriptible gracia:

—Beta Cabanas.

La desconocida se inmutó.

—¿Conque Cabañas? insistió maquinalmente.

—Sí, repuso sor Ignacia; lleva ese apellido en honor del Obispo fundador del Hospicio, á falta del suyo, que no conocemos. Es la costumbre: damos á los expósitos el de nuestros bienchöres.

—Ya, ya, repuso la joven distraída.

Largo rato permaneció al lado de Berta, á quien dió más golosinas y monedas, y acarició más tiernamente que á los otros huérfanos; y cuando al fin se apartó de ella y siguió repartiendo preguntas, dulces y dinero entre los demás expósitos, pareció hacerlo maquinalmente y como sabiendo apenas lo que hacía. Terminada la jira, detúvola sor Petra unos momentos para que de ella se despidiesen los parvulillos. Comenzó la hermana por

echar al grupo una mirada preventiva, y luego, al golpe de las castañuelas, hizo que los huerfanillos se pusiesen en pie.

—Niños, díjoles, ¿qué se dice á las personas que nos hacen el favor de obsequiarnos?

El coro, reposado, y con voz acompasada contestó:

—Muchas gracias.

—No hay de qué, niñitos, repuso la dama cariñosamente; Dios los haga dichosos. ¡Adiós!

—¡Adiós.... señora! repusieron éstos despacio.

Pocos pasos habían dado la superiora y la joven hacia los departamentos interiores, cuando la desconocida interrumpió á sor Ignacia.

—Es inútil continuar la visita, dijo. Deseo hablar con usted algunas palabras. ¿Me hace el favor de oírme?

—Con mucho gusto, repuso sor Ignacia.

Y conduciéndola al recibidor, la hizo sentar en el estrado.

—Mucho me ha interesado esa graciosa niña.... Berta, á quien acabo de conocer, dijo la joven.

—Con razón, repuso la superiora; es preciosa la chiquilla. No hay otra como ella en todo el Hospicio; y lo que es más, no hay tampoco otra almita tan buena como la suya. Es un angelito de Dios por dentro y por fuera.

—Es expósita ¿no es así?

—Sí, pobre niña.

—¡Pobrecilla! ¡Tan simpática!...

Reflexionó un poco y luego continuó.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Llévame y adoptarla por hija.

¿Cabe dentro del reglamento?

—Perfectamente, previas algunas formalidades.

—¿Sobre qué, madre?

—Sobre lo que es natural: sobre la madre adoptiva y sus circunstancias.

—Bástele saber que no tengo hijos y puedo subvenir á la subsistencia y educación de la niña.

—Muy bien; pero necesitaría saber aun más. Como usted comprende, debo velar por esa criatura, en cuanto al cuerpo y en cuanto al...

La joven comprendió sin duda lo que iba á decir sor Ignacia, pues la interrumpió vivamente, diciendo:

—Lo que usted indica es ofensivo....

—Líbreme Dios de semejante propósito.

—Advierto á usted, continuó la joven cambiando de tono súbitamente, que lo que pido por favor, pudiera exigirlo con derecho.

—¿Con cuál?

—¿Quiere usted saberlo?

—Sí, señora.

—Antes de contestar la pregunta, pro

siguió la joven, necesito fijar ciertos puntos.

En seguida hizo á sor Ignacia un detallado relato mezclado con interrogatorio, sobre los hechos relativos á la presentación de Berta al Hospicio, con sus circunstancias de fecha, día y hora, y sin olvidar lo tocante al relicario y al papel escrito con lapiz, que indicaba el nombre de la niña y la particularidad de no estar bautizada. Una vez puesta en claro la historia, exclamó la joven triunfante:

—¿Ya lo ve usted, señora? Todo lo sé respecto de esa niña.... Como que.... se lo diré de una vez.... ¡soy su madre!

Y pareció visiblemente conmovida al pronunciar estas palabras. Sor Ignacia no se sorprendió en lo más mínimo al oír la conclusión, porque hacía rato venía comprendiendo cuál habría de ser el desenlace de la plática; y con la penetración que le daban su claro talento y dilatada experiencia en aquellos asuntos, se había dicho para sí: “¿Cuánto vamos á que esta joven resulta ser la madre de Berta?”

—¿Conque sí? preguntó en alta voz y con tono de incredulidad.

—Sí, hermana, repuso Teodosia, que así seguiremos llamando á la desconocida; como estar Dios en los cielos.

—Pero no basta decirlo; sería necesario probarlo.

Teodosia reflexionó unos momentos.

—¿No basta á usted el conocimiento que tengo de los hechos?

—No, porque podría saberlos por informes ó por haberlos presenciado.

—En tal caso, no sé cómo podría hacerlo.... Pero por la gloria de Dios, juro á usted que es cierto.... soy su madre.... Me ví obligada á abandonarla, por circunstancias excepcionales.... ¿Quiere usted que le cuente la historia?

—No, repuso sor Ignacia, no es necesario; sólo que, como usted comprende, no puedo entregar á los expósitos á cualquier persona, sólo porque proteste haberles dado el ser.

—¿Y mis lágrimas?... ¿No son prueba suficiente? interrogó Teodosia levantando la compuerta del llanto.... He sido muy ingrata, es verdad, he abandonado á esa criatura; pero siempre la he querido, y bien sabe Dios que no la he olvidado un solo momento.... Tan pronto como la ví, me dió un vuelco el corazón, y algo me dijo aquí dentro, que era mi hija. Cuando me le acerqué y le pregunté cómo se llamaba, estaba segura de que iba á decir "Berta;" y desde que sé quién es, no pienso más que en ella, y siento que no podré vivir ya sin ella. La necesito, señora, y tengo el derecho de recogerla.

—Y la recogerá usted, sí, repuso la superiora; pero como es debido, cuando

pruebe ser su madre.... y otras varias cosas.

Teodosia se impacientó al ver surgir el obstáculo, y dejándose llevar por uno de los accesos de cólera que le eran habituales, cambió de tono y cesando de llorar, exclamó:

—No tengo necesidad de suplicar: he venido á hablar á usted en buenos términos, pensando hallar una acogida bondadosa; pero si, valida de fútiles pretextos, rehusa entregarme á mi hija, sabré echar mano de otros medios para obtener lo que deseo, quiera usted ó no quiera.

—Desearía conocerlos, repuso la superiora con frialdad.

—¡La fuerza! gritó Teodosia con exaltación. ¿Le parece á usted suficiente? El coronel Carrasco, que es quien manda esta línea de circunvalación, es persona de mi amistad, y no me niega nada de cuanto le pido. No tendré más que decirle: "Coronel, hágame usted el favor de sacar del Hospicio á mi hija," para que mande por ella con un piquete de soldados.

Sor Ignacia comprendió la seriedad del amago y lo peligroso de la situación. En aquellos tiempos calamitosos, estaban á la orden del día los atropellos. Si el Hospicio había sido respetado hasta entónces, había sido excepcionalmente y por la sola voluntad de los beligerantes; mas, en puridad, carecía de medios de defensa, y estaba á la merced de quien quisiera ultra-

jarlo; y, cometido el primer desmán, vendrían otros detrás de él, y Dios sabe lo que llegaría á ser del establecimiento. Y entónces ¿qué suerte correrían los asilados, y, sobre todo, aquel rebaño de tier-nas doncellas que estaba bajo su custodia? Todo lo pensó la superiora en un momento, y sus ideas y propósitos cambiaron de rumbo. Una luz, con todo, vió en medio de la obscuridad. Silenciosamente contempló á Teodosia de hito en hito: vestía con elegancia, pero con lujo excesivo y exagerado; llevaba un peinado abultadísimo, sobrepujando la moda del día; los pendientes que mostraba en las pequeñas y sonrosadas orejas, si bien de valor, eran de tamaño desmesurado; y lucía en los dedos buenos anillos de irisados brillantes y topacios, pero en número tal, que le cubrían casi las primeras falanjes. Todo aquello, unido á cierto aspecto sospechoso, á cierta manera de hablar especial, y á ciertos modales desenfadados que había estado observando en su interlocutora, pusieron á la astuta hermana sobre la pista.

—No hay necesidad de eso, repuso con acento conciliador; se llevará usted á la niña si se empeña; pero le ruego oiga antes lo que voy á decirle.

Y de improviso, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Es usted casada?

La joven vaciló un instante; mas luego se repuso y contestó con altanería:

—Y eso ¿qué le interesa á usted?

—No necesito más, repuso sor Ignacia. No lo es; si lo fuera, no tendría reparo en decirlo.

—Suponiendo, gritó Teodosia roja de ira, ¿dejo por eso de ser la madre de Berta?

—No se exalte usted, joven, continuó sor Ignacia con urbanidad. Usted puede llevarse á la niña, repito, pero reflexione que no debe hacerlo. ¿Por qué? Voy á decirselo. . . . El coronel Carrasco, á quien usted acaba de mencionar, debe ser. . . .

La joven hizo un movimiento.

—No me interrumpa, prosiguió la superiora: no trato de ofenderla. Pues bien, si el coronel es lo que me figuro, el modo de vivir de usted, no es ¿cómo diré? . . . el más á propósito para que lo presencie la niña. . . . Anda usted además, en medio de la soldadesca, corriendo los azares de la revolución, ahora aquí, mañana allá; rozándose con toda clase de gente, oyéndolo todo, presenciando las peores escenas. . . . ¿Quiere usted llevar á su hija á ese pudridero? ¿No le remuerde la conciencia sólo de pensarlo? ¿Qué sería de ella si creciese viendo y oyendo tales cosas, y, sobre todo, recibiendo tales ejemplos? . . . Pasó ya de los siete años, y entiendo mucho.

Teodosia densamente pálida, reflexionaba con creciente preocupación.

—Por otra parte, siguió diciendo sor Ignacia, si usted la deja en el Hospicio, la niña será buena. Nosotros velaremos por ella, y Dios nos ayudará para llevarla por buen camino.... Vamos, no cierre usted el corazón á la voz del deber y del amor.... Muestre con su sacrificio que de veras la quiere.... ¡Animo, hija mía, ánimo!

La joven atacada en sus últimos atrincheramientos, se echó á llorar de nuevo á lágrima viva, y á poco sollozó:

—Tiene usted razón: no debo por ahora recoger á mi hija, no soy digna de ella. Lo haré más tarde, cuando cambie de vida, cuando me haga buena, y mi compañia no le sea perjudicial.... Y me corregiré.... ¿Por qué no?.... Pronto, lo más pronto posible.... Pero, continuó con humildad, si llega el caso y usted se persuade de que soy buena ¿no es verdad que me la entregará?

—Ya lo creo, hija mía, repuso sor Ignacia enternecida, sin duda alguna.

—Entonces, dijo Teodosia, suplico á usted le haga saber, cuando lo crea conveniente, que vine á buscarla, y le hable de mí con frecuencia para que no me olvide; y le infunda para mí algún cariño, para que cuando nos reunamos, no me rechace, y me quiera. Entretanto, guárdele usted

esto, que le dejo en prenda de mi amor y de mi pronto regreso.

Y con una impetuosidad enteramente suya, se despojó de las alhajas que llevaba, y poniendo en sus manos pendientes y anillos, los ofreció á sor Ignacia.

—Tome usted, señora, le dijo: es para mi hija.

—Un momento, repuso sor Ignacia sin alargar la mano; es mejor que conserve usted esas joyas....

—¿Por qué? preguntó Teodosia con ingenuidad.

—Porque no sabemos su procedencia... Usted me entiende. Una criatura como la hija de usted, merece otros obsequios.... Día vendrá en que le dé usted cuanto tenga; por ahora, déjela vivir del óbolo de la caridad, que no mancha á quien lo recibe y engrandece á quien lo da.

Decididamente, estaba domada la soberbia de Teodosia, pues no se irguió ya contra la severidad de sor Ignacia, sino antes la recibió con mansedumbre, subyugada por la conciencia de sus faltas y el respeto debido á la inocencia.

—¡Ni aun esto, murmuró sollozando, ni aun esto siquiera!

Sor Ignacia, sin replicar, aprovechó la ocasión para avivar sus buenos propósitos, diciéndole que todo dependía de ella, que todo se arreglaría cuando ella lo quisiese, y que por la prontitud con que llevase á cabo sus planes, daría á conocer

el grado de amor que sintiese por su hija; y otras cosas á este tenor. Pasados algunos instantes de llanto y quejas, consultó la joven el reloj, y exclamó:

—Me voy, porque tengo un quehacer urgente; pero volveré pronto. Señora, pida usted por mí y quiera mucho á mi hija: Dios se lo pagará.

Y enjugándose los ojos, y volviendo los pendientes á las orejas y los anillos á los hermosos y afilados dedos, se marchó con paso febril y precipitado. Fué la vez única que dió Teodosia noticia de sí, durante la vida de su hija. A pesar de sus buenos propósitos, no volvió jamás al Hospicio, ni llegó á escribir á sor Ignacia, ni tornó á informarse de Berta. ¿Qué suerte le correría? Nadie lo supo: se perdió en la vorágine del mundo, como débil barca en tempestad deshecha. ¿Llevóla su vida aventurera á país remoto de donde no pudo volver? ¿La sorprendió la muerte antes de realizar sus buenos deseos? ¿Acabó la corrupción de ganar su alma y se olvidó por fin hasta de su misma hija? Nunca logró sor Ignacia averiguarlo, y en cuanto á Berta, no llegó á saber ni aun el nombre de la infeliz criatura que le había dado el ser, pues todo se lo ocultó cuidadosamente la madre superiora.

VIII

Se salva el Hospicio.

Acababa de salir Teodosia, cuando llegó corriendo Estéfana con rostro tal de azoramiento, y paso tan apresurado, que la superiora, alarmada, la interrogó desde lejos diciéndole:

—¿Qué ocurre, mujer, qué pasa?

—Un piquete de soldados acaba de tomar posesión del pórtico y pretende hacerse fuerte aquí para batir á los de la plaza.

Sor Ignacia se puso lívida al oír la noticia.

—¡Dios mío! exclamó; ¡convertir esta santa casa en lugar de combate! Eso no puede ser. . . . El general en jefe de la línea me ha ofrecido respetarla.

—Salga usted, señora, y lo verá con sus propios ojos.

Y echó á andar Estéfana seguida por sor Ignacia. Iban á la mitad del camino, cuando sonaron los primeros disparos. La superiora echó á correr y pronto llegó á la portería. Al abrir el portón, se hizo cargo de lo que pasaba: un pelotón como de doscientos hombres se había posesionado, en efecto, de aquel lugar, y se preparaba á levantar trincheras, entretanto que algunos soldados impacientes disparaban sus fusiles sobre los puntos elevados de la ciu-